



Esta madrugada, mientras ponía la comida, oí maullidos insistentes que entendí me llegaban del patio.

Pensé que la puerta, la cancela, estaría cerrada con llave y que, además, al ser domingo, tal vez no la abriesen en todo el día.

Continué con mi ronda habitual y, unos tres cuartos de hora después, cuando volví por ver si habían cesado, continuaban más lastimeros e insistentes y, la gata blanca y negra, que había parido en los primeros días de mayo, me enseñó los dientes.

Supe entonces, con seguridad, que el gato estaba allí, y que era muy pequeño.

Eran para entonces algo más de las seis pero, aunque en este tiempo ya empieza a clarear, me felicité por mi buena idea de llevar siempre conmigo la linterna; así que rodeé el solar tapiado que hace esquina y caminé hasta la puerta de la cancela.

Para mi sorpresa no estaba cerrada con llave y, caminando de puntillas para que no me oyeran, llegué hasta la escalera metálica y, allí estaba, negro, muy pequeño y muy desesperado, pegando gritos y arañando la pared de unos... cuatro, o cinco metros de alta por ese lado.

Cuando llegué a casa eran las seis y media.

Llamé a Pedro, la única persona que podría ayudarme, pero en su móvil saltaba el buzón de voz y le dejé un mensaje "siento molestarte; pero hay un gato en el patio de la iglesia y necesito que me ayudes para manejar la escalera de mano y, más difícil todavía, enfrentarme a los curas. Llámame, por favor".

Lo intenté un poco más tarde y allí seguía el buzón...

Cuando fueron las siete y cuarto me armé de valor y llamé al fijo.

Esta vez contestó.

No tardó mucho en venir, pero vive lejos, y cuando quisimos llegar con la escalera eran algo más de las ocho.

Había pasado nada más hora y media; la prensa enrollada aún estaba en el suelo arrojada, se notaba, por los repartidores que se recorren el barrio con música puesta a todo meter y a una velocidad como de locos.

Así que a la calle no habían salido.

Pero, nada más traspasar la cancela, eché de menos los maullidos.

Corrí hasta las escaleras, me asomé, y el gato no estaba.

No estaba el gato, por ninguna parte; y el patio es demasiado hondo, incluso por la parte en que el muro es menos alto,

para que la madre lo hubiera podido saltar y, más difícil aun, volver a subir con el gatillo en la boca.

¿Cómo era posible?

Pedro dijo "lo habrán cogido los curas".

Yo dije que eso no podía ser porque la ventana de junto al suelo tiene barrotes.

"Sí, pero mira — dijo — como tiene esas bisagras; y puede abrirse".

Nunca me había dado cuenta de que los barrotes pudieran abrirse, y tal vez porque los que se han caído en otras ocasiones eran gatos mayores y no se atrevieron con ellos esperaron a que, aún teniendo que escuchar sus amenazas de "esto se va a acabar", fuera yo a recogerlos.

Pero un gato pequeño es otra cosa, más manejable, y conozco personas, y personas que conocen a personas que dicen que otras personas dijeron...

Y conozco a los curas que, antes, cuando iba yo más pronto, a las once o doce de la noche, me increpaban y me echaban agua con una manguera.

Así que no podíamos hacer nada...

A las nueve y media me he metido por fin en la cama. Pero no he podido dormir nada más que a trompicones; un sueño sobresaltado e inquieto en el que veía, nada más, el gato negro y tan pequeño que arañaba la pared maullando.

No lo puedo demostrar, pero yo sé qué ha pasado, y qué fue lo que debió de pasar cuando, hará un par de meses, también oí maullidos una madrugada; pero cuando fui a mirar, ya de día, aunque en aquella ocasión no tenía la certeza absoluta de que los maullidos vinieran del patio, al asomarme desde la barandilla no había nada...

En una sociedad civilizada ese tipo de cosas debiera trascender, ser noticia de periódico de primera página; y que todo el mundo supiera cómo son determinados religiosos, y que ningún católico de bien acudiera a sus iglesias ni a sus confesonarios en busca de absoluciones a unas culpas que en cantidad de ocasiones serán, casi seguro, "culpitas" insignificantes comparadas con las que no van a ser causa — lástima que ciertas patrañas de la religión no sean verdad o por lo menos a veces — de que ellos, los curas, ardan en el Infierno para siempre.

Un día después:
Puede parecer increíble pero hay otro gato en el patio de los curas.

A mí me parece que ya no puedo más...

.

Más tarde:
Bueno, pues parece obligado rectificar.
Volvimos con la escalera – Pedro hecho un pincel, como es un señor muy elegante, y se puso el pobre un poco perdido con esa especie de herrumbre con que manchan siempre los objetos metálicos – y, esta vez sí, ahí estaba el pequeño ejemplar.

Pequeño e igual de negro que el de la noche anterior, arrebujado en una de esas matas de algún tipo de helecho, o parecido, que nace espontáneo en las juntas donde hay humedad. Nos costó verlo y eso, unido a que vista de cerca la ventana no parecía haber sido abierta desde tiempo inmemorial, nos hizo pensar que tenía que ser el mismo de la noche anterior y, allí hecho un ovillo dentro de la mata, no más grande ella desde luego que un manojo de perejil, no lo vimos.

Así que, lo justo es justo, mis disculpas a los curas – aunque sí mantengo que son odiosos; y que esta mañana, que nos cruzamos con el superior, nos miró con ira cuando le dije, escuetamente escalera en ristre: “es que hay un gato en el patio”.

La criatura está ahora debajo de la cama, y a ratos grita, pero ya no le palpita el corazón ni tiembla entero como cuando llegamos a casa esta mañana.